

Educación teológica y teología de la educación

Dr. Justo L. González



Asamblea de AETH
2017

Educación teológica y teología de la educación

La educación teológica – o al menos la educación teológica como se ha conocido en este país por los últimos 300 años – está en crisis. Esa crisis tiene muchas señales, y no es necesario mencionarlás todas. Baste decir que en estos últimos años la más antigua escuela de teología en todos los Estados Unidos ha decidido cerrar sus puertas y unirse a otra; que una escuela que hace 50 años estaba a la vanguardia de la educación teológica en todo el país ahora resulta incapaz de darle mantenimiento a su famosa biblioteca y ha tenido que deshacerse de buena parte de sus edificios; que varias de las principales denominaciones protestantes están debatiendo si tienen demasiados seminarios y si deberían cerrar algunos de ellos; que un buen número de seminarios están reduciendo su personal para equilibrar sus presupuestos.

Y la crisis no se limita a los Estados Unidos. No sé exactamente lo que estará sucediendo en algunas partes del mundo que conozco menos, pero no me cabe duda de que la misma crisis existe en toda nuestra América. En Buenos Aires, el más antiguo y prestigioso seminario protestante en toda Latinoamérica ha cerrado sus puertas, y lo único que queda de él es su excelente biblioteca. En México, un plan ambicioso que se forjó hace más de medio siglo para formar una comunidad teológica en la que estuvieran involucrados los principales seminarios del país no es ahora sino una sombra de lo que se esperaba. En Puerto Rico, un seminario que tiene más de 100 años de existencia, y que una vez se encontraba a la vanguardia misma del pensamiento del país, ahora ha tenido que reducir su facultad a un número mínimo, y tiene

dificultades en el mantenimiento y desarrollo de su biblioteca y de sus edificios.

Pero la crisis no es sólo económica, sino también demográfica. Para decirlo de manera tajante, resulta claro que la mayoría de las iglesias que tradicionalmente han retenido una educación teológica formal para la educación están perdiendo miembros. La principal excepción es la Iglesia Católica Romana, y esto se debe a la enorme inmigración de Latinoamérica y de otros países de tradición católica. Pero, ¡que no se me mal interprete! No estoy sencillamente repitiendo lo que muchos han dicho por largo tiempo, que los estudios quitan la fe, o que el seminario mata el entusiasmo. Lo que estoy diciendo es mucho más complicado que eso. Probablemente el principal factor sea que el índice de natalidad entre quienes tradicionalmente han compuesto las denominaciones tradicionales ha decaído y sigue decayendo rápidamente, que por tanto la edad promedio de los miembros va aumentando rápidamente, y – en lo que bien podría ser un círculo vicioso – esto a su vez contribuye a la disminución de la natalidad. Aunque hay estadísticas que lo prueban, basta con ir a cualquiera de esas iglesias, sentarse en los escaños posteriores, y ver el color de las cabelleras de la congregación. Y, como si eso fuera poco, otro factor es que muchos de los niños y jóvenes que se formaron en esas denominaciones ya no participan en ellas. El resultado neto es que la mayoría de esas denominaciones que tradicionalmente han requerido una educación de seminario ahora necesitan y pueden emplear menos pastores, y por lo menos también necesitan y pueden proveer púlpitos para menos estudiantes. Lo que es más, en muchas de esas denominaciones han surgido programas alternos para llegar a la ordenación sin pasar por el seminario.

Esto quiere decir que, aunque muchos en la cultura dominante no se hayan percatado de ello, lo que parece ser una crisis económica no se puede resolver sencillamente buscando más dinero, y también que lo que ahora vemos como una crisis no es la crisis toda, sino solamente las primeras señales de circunstancias que en las próximas décadas cambiarán radicalmente todo el cuadro de la educación teológica. Es muy probable que varias de las principales denominaciones disminuyan el número de sus seminarios. Algunos de esos seminarios denominacionales sobrevivirán porque tienen grandes fideicomisos o “endowments”, lo cual les hace depender menos de las denominaciones que los fundaron. Pero esos mismos seminarios verán que según va disminuyendo la necesidad de pastoras, pastores y otros líderes en sus denominaciones, tendrán que ajustar su misión a nuevas circunstancias.

Y todo esto no son más que algunos ejemplos de las consecuencias de lo que está teniendo lugar.



Pero lo que me propongo al mencionar todo esto, que es bien conocido entre quienes se ocupan de la educación teológica en general, no es presentar un cuadro tétrico, sino más bien señalar y subrayar la necesidad de un cambio radical. Para esos seminarios tradicionales, no bastará con buscar más dinero. No bastará con revisar el currículo. No bastará con nuevas campañas para reclutar estudiantes. Ni siquiera bastará con crear programas específicos para las minorías. Todas esas cosas bien pueden ser necesarias, y hay varias instituciones que ya están haciéndolas. Pero ninguna de ellas, ni tampoco todas juntas, serán una respuesta

adecuada a la crisis a que nos abocamos. No basta con colocar remiendos. Lo que es más, como bien dijo Jesús, es posible que el remiendo resulte ser más fuerte que la vieja tela, y que por tanto el roto resulte todavía mayor.

Pero la crisis en realidad es una gran oportunidad para acercarnos de nuevo a la tarea de la educación teológica con imaginación y creatividad. Precisamente porque no basta con remiendos, estamos ahora en un momento en que es posible efectuar grandes cambios. No cabe duda de que las instituciones por su propia naturaleza son conservadoras y no gustan del cambio. Pero la crisis misma les obligará y les está obligando ya a pensar de nuevos modos. Hay hasta algunas instituciones que se ve ya obligadas a buscar nuevas direcciones porque si no lo hacen no podrán sobrevivir. (Y aunque ese deseo de sobrevivir no sea la mejor de las motivaciones, podemos alegrarnos de que algo de lo que están haciendo tendrá resultados positivos para la iglesia en su totalidad.)

Pero habiendo dicho todo eso, debo apresurarme a indicar que el marco mismo de lo que estoy diciendo resulta demasiado estrecho. Con toda intención, hasta aquí he discutido la educación teológica dentro del marco en el que la mayor parte de los líderes de educación teológica en el día de hoy piensan de ella, es decir como aquella educación que tiene lugar primeramente en los seminarios y escuelas de teología. Dentro de tales marcos, la educación teológica son los recursos académicos con los que preparamos a las personas para, y los requisitos que se les requieren para la ordenación y para el liderato en la Iglesia.

Hace casi 56 años que empecé a enseñar teología. Durante ese tiempo he escuchado y participado en muchas conversaciones acerca del propósito de la educación teológica. Se dice que es el traspaso de la tradición de una generación a otra, que es semejante a cualquier educación profesional, que su propósito es proveerles las herramientas necesarias a los futuros líderes de la iglesia, que es formación del carácter y de la devoción, etc. Pero hasta fecha relativamente reciente esa conversación ha tenido lugar principalmente dentro del contexto de seminarios y escuelas de teología, y se ha limitado a preguntas tales como: ¿Cuál es nuestro papel? ¿Cómo hemos de entendernos a nosotros mismos? ¿Qué lugar nos corresponde con relación a la Iglesia y a la academia?

Pero hoy propongo empezar de otra manera, preguntando ante todo quiénes son los recipientes, quiénes son la meta final de la educación teológica. Naturalmente, en diversos niveles y diversos programas hay toda clase de audiencias. En la mayor parte de los que conozco, hay estudiantes que están allí porque quieren ser mejores líderes en iglesia, y creen que necesitan saber más; hay algunos que sencillamente van en busca de verdades más profundas, de mejores entendimientos, de maneras de relacionar la fe con el conocimiento; hay algunos que están allí sencillamente como un paso anterior para continuar sus estudios; otros ya son líderes en la iglesia, pero se han convencido de que necesitan más educación; y hay también algunos que en realidad no quieren estar en la escuela, y no creen que les haga falta, pero las autoridades de su iglesia le han ordenado que estén allí.

Pero la verdad es que si hemos de entender la educación teológica en un sentido más amplio, y usar ese amplio sentido al mirar hacia el futuro, no podemos ya imaginarnos que los recipientes finales de la educación, el objeto de la educación teológica, sean nuestros estudiantes. El recipiente final, el verdadero objeto de la educación teológica, es la iglesia, la comunidad de fe. La meta final de la educación teológica es equipar al pueblo de Dios para su participación en la misión de Dios. La vanguardia de la educación teológica no está en mi oficina ni en el salón de clases, sino en los millares de comunidades de fe donde el pueblo de Dios aprende y practica la fe a fin de salir para unirse a la misión de Dios. La principal razón por la que nuestros estudiantes están en el seminario, o en programas doctorales, o en un instituto bíblico, no es para aprender más, sino para enseñar mejor. Esto no quiere decir que no tengan que aprender. Si no aprendemos, nos arriesgamos a contarnos entre aquellos a quienes se aplica lo que León el Grande dijo acerca de Eutiques, que se contaba entre “quienes se destacan como maestros del error porque nunca han sido discípulos de la verdad” (*Ep.* 28.1). Ciertamente, tenemos que aprender; pero el propósito de nuestro aprendizaje es la enseñanza. Y también otros estudiantes en seminarios e institutos bíblicos tienen que aprender; pero la razón para su aprendizaje es que puedan enseñar.

Si tomamos esto en serio, cambiaría radicalmente tanto nuestra pedagogía como los criterios mediante los cuales evaluamos nuestros logros.

Permítaseme explicar lo que quiero decir mediante una breve nota autobiográfica. Empezando ya desde la escuela primaria, y hasta en el ápice de mis estudios en la Universidad de Yale, tuve la bendición de recibir una excelente educación. Estoy agradecido por eso, y si no fuera por esa educación no estaría donde estoy hoy. Pero cuando ahora miro retrospectivamente hacia esa educación me convenzo cada vez más de que al tiempo que era una educación excelente era también una terrible educación. Mi primera memoria al respecto se refiere a mis estudios en tercer grado de primaria. Acababa de aprender acerca de cláusulas subordinadas y de signos de puntuación –punto y coma, dos puntos, guiones y paréntesis – y escribí un ensayo principalmente con el propósito de mostrar cuánto sabía. ¡La primera oración tenía casi una página de largo! La maestra quedó impresionada, y me felicitó por mi excelente trabajo.

Pero mi padre, que no era solamente un hombre sabio sino también un novelista reconocido, leyó mi breve ensayo, me lo devolvió y me preguntó: ¿Qué quiere decir todo esto? Se lo expliqué, y él sencillamente me dijo que lo que yo le había explicado en mis propias palabras, las palabras de un niño de ocho años de edad, estaba mucho mejor que lo que había escrito.

En aquel entonces no comprendí a cabalidad lo que mi padre quería decir. Poco después, según fui creciendo, me enteré de que, cuando las condiciones políticas fueron tales que se le ofreció a mi padre la oportunidad de escoger el puesto que quisiera dentro del gobierno, lo que pidió fue que en el Ministerio de Agricultura se creara un departamento de divulgación cuya tarea sería traducir los conocimientos y descubrimientos de la mejor ciencia agrícola a un lenguaje

sencillo de tal manera que los campesinos de escasa educación formal pudieran entenderlos y aplicarlos en sus labores. Pero cuando estaba en tercer grado, yo no sabía que tal era la pasión de mi padre, y por eso no entendí todo lo que me quería decir. Por tanto, inspirado por la respuesta positiva de mi maestra ante aquel ensayo, a partir de entonces me dediqué a estudiar y escribir para impresionar a mis maestros y a otras personas por encima de mí. Ese proceso continuó a través de la escuela secundaria, la universidad, el seminario, y finalmente el doctorado. Cuando al final de todo ese proceso recibí mi PhD, el ejercicio final que se me exigió fue una tesis que escribí con el propósito de impresionar a tres lectores (!).

Repito, estoy altamente agradecido por esa educación. Pero cuando ahora la repaso la mejor manera en que puedo describirla es como una escalera con altos peldaños de tal manera que para seguir subiendo uno trata de impresionar a aquellos que están por encima de tal manera que de ayuden a subir al próximo nivel. Y por fin llega usted al pináculo y celebra lo lejos que ha llegado.

Estoy bien consciente de que lo que estoy diciendo es solamente un aspecto y hasta una caricatura de la educación tal como tradicionalmente se ha concebido y entendido. Mi carrera como estudiante tuvo muchas otras dimensiones, y las personas con quienes me encontré en el camino no se limitaban en su mayoría a la visión de que hablo. Pero aunque lo que presento sea una caricatura, me permito recordarles que una caricatura no es lo mismo que una mentira. El cabello del señor Trump no puede ser tal como lo pintan, pero así y todo al ver la caricatura de

Trump sabemos que se trata de él. Los dientes de Jimmy Carter no pueden ser tan grandes como los pintan; pero no cabe duda de que Carter tiene una gran sonrisa.

Si lo que dije antes es verdad, y la meta de la educación teológica es la iglesia en su totalidad, esto quiere decir que tenemos que cambiar nuestra pedagogía así como la manera en que evaluamos a nuestros estudiantes. Si nuestro estudiante no es el producto final, sino más bien un agente para la educación teológica de la iglesia, lo que es importante no es solo lo que el estudiante aprende, sino también y sobre todo cómo ese estudiante es capaz de enseñar a la iglesia. Si, por otra parte, lo importante es que los estudiantes aprendan lo suficiente para puedan subir al próximo escalón, evaluaremos su trabajo sobre la base de lo que conocen y sobre la profundidad y originalidad de sus reflexiones sobre ese conocimiento. Pero si lo importante no es sencillamente que los estudiantes aprendan, sino también y sobre todo que puedan tomar parte en la educación teológica de la iglesia como un todo, entonces tenemos que buscar maneras de evaluar sus estudios que no se limiten a los exámenes que nos dicen cuánto han aprendido, ni tampoco a trabajos de investigación que demuestren su capacidad de subir al próximo peldaño.

Y, para que no se me entienda mal, no estoy diciendo que el centro de la educación teológica sea lo que habitualmente se ha llamado “los campos prácticos” – es decir, la predicación, la administración, la consejería, etc. Lo que estoy diciendo se aplica a todos los campos de estudios teológicos. Si es importante aprender teología es porque es mucho más importante

enseñarla. Supongamos, por ejemplo, que yo le enseño a alguien acerca del Concilio de Nicea. ¿Qué es más importante, que el estudiante pueda nombrar a todos los personajes de aquellos tiempos y lo que hicieron en medio del debate, o que ese estudiante pueda mostrarle a la comunidad de fe la importancia que tiene aquel concilio para su propia vida y misión? ¿Qué es más importante, que una pastora pueda presentar y describir las varias escuelas del pensamiento ético, o que pueda enseñarle a una comunidad de fe cómo enfrentarse a los conflictos éticos?

Si la respuesta es lo segundo, esto requerirá cambios radicales no solamente en nuestra pedagogía como maestros y maestras individuales, sino también en el modo en que se nos evalúa y el modo en que nos evaluamos a nosotros mismos. Volviendo otra vez a lo que es una especie de caricatura, me parece que es justo decir que en nuestras más respetadas escuelas por lo general se evalúa al cuerpo docente primeramente sobre la base de lo que publican, lo que saben o descubren, y en tercer lugar cómo enseñan. Todo esto es importante. Pero mucho más importante todavía es cómo enseñan a enseñar, cómo capacitan y ayudan a los estudiantes a enseñar. Si el recipiente último de mi enseñanza es el pueblo de Dios, entonces si mis estudiantes aprenden mucho, y muestran que pueden ser originales en su reflexión, y hasta pueden escribir preciosos ensayos, pero no pueden enseñarle al pueblo de Dios, he fracasado . En otras palabras, el mismo principio de evaluación que aplico a mis estudiantes, de cuán bien pueden enseñar, se me aplica a mí: cuán bien puedo enseñarles a enseñar.

Esta realidad requiere, entre otras cosas, que tomemos más seriamente el modelo de educación circular que lleva de la acción a la reflexión, de esa reflexión de nuevo a la acción, y así sucesivamente. Bien puede decirse que la educación ha llegado a una encrucijada en el camino y ha seguido dos direcciones distintas: si usted quiere ser carpintero, plomero o mecánico, aprende haciendo, y estudia la teoría para poder entender y mejorar lo que ya está haciendo. En la mayoría de los otros campos, y ciertamente en buena parte de la educación teológica más respetada, se aprende primero la teoría, y luego se le aplica esa teoría a la práctica. Como sabemos, en la educación teológica se siguen ambos caminos. Para tomar la predicación como un ejemplo, hay quien se siente llamado o llamada a predicar, sale a predicar, y después en algún momento quizá lea algunos libros sobre predicación. Me imagino que la mayoría de nosotros hemos estado sentados en el escaño de alguna iglesia y hemos temblado al oír lo que se decía desde el púlpito. En contraste con eso en algunas denominaciones prácticamente ni se les permite a los estudiantes acercarse al púlpito hasta que hayan aprendido homilética y teoría hermenéutica, escrito al menos una docena de sermones – no sermones para predicar ante una congregación, sino para presentarlos en una clase de seminario y para discutirlos con el maestro o maestra – y por fin después de todos esos estudios salen a hacer lo que se les ha dicho. Estoy seguro de que muchos de nosotros también hemos sentido compasión al escuchar a algún predicador o predicadora que ha construido un bello sermón, un sermón teológicamente sólido, pero parece aterrorizarse ante la posibilidad de decir algo que no esté en su manuscrito.

Más o menos en los últimos 30 años, me he alegrado al ver que se empieza hablar mucho en los círculos más elevados de la educación teológica acerca de un tercer modelo que por largo tiempo ha sido parte del proceso educativo en los institutos bíblicos. Se trata de un modelo que no favorece la práctica por encima de la teoría, ni tampoco la teoría por encima de la práctica. Eso es bueno. Pero al mismo tiempo me preocupa el hecho de que en muchos seminarios y universidades los profesores y pedagogos se han dedicado a discutir ese nuevo método educativo, a darle vueltas y más vueltas, para asegurarse de que tienen toda la teoría en su lugar antes de aventurarse por nuevos caminos. En otras palabras, se habla mucho de un círculo que une la acción con la reflexión, pero todavía parece que la reflexión predomina y que la teoría va siempre antes de la práctica.

Obviamente, esto tiene implicaciones importantes para aquellas instituciones que forman parte de lo que hasta ahora ha sido la educación teológica más buscada y respetada – es decir, para las mismas instituciones que hoy están en crisis. Si lo que estoy diciendo es verdad, tendrán que desarrollar nuevos currículos – no sencillamente nuevas listas de cursos y de secuencias de cursos, sino también nuevos currículos cuyo propósito sea capacitar tanto a los estudiantes como al cuerpo docente a recibir y practicar una educación teológica dirigida a la educación teológica del pueblo de Dios. Se requerirán nuevos contextos de educación, donde los estudiantes tendrán la oportunidad de enseñar y los maestros tengan la oportunidad tanto de aprender como de ver a sus estudiantes enseñar. Se requerirá un sistema para desarrollar mentores que no solamente ayuden a otros en sus estudios y en su carrera, sino que también

les enseñen a ser mentores. (Es por eso que juntamente a esta Asamblea se está desarrollando un programa piloto de mentoría que esperamos pueda ser el inicio de programas mucho más amplios.) Y se requerirá también que todo esto no sea sencillamente una añadidura marginal que algún seminario o escuela teológica hace porque alguna fundación le dio dinero para ello. Para responder a la crisis contemporánea, y para proveer una educación teológica cuya meta sea el pueblo de Dios, hace falta que todo esto esté al centro mismo del currículo y de la visión que la institución educativa tiene de sí misma.

Si se me permite cambiar las imágenes que estoy empleando, y dejar a un lado la de la escalera, por lo menos por lo pronto, ya he dicho en algún otro lugar que hace unos 30 años, cuando un grupo de educadores y educadoras latinos, algunos de los cuales estamos hoy aquí, discutíamos acerca de la necesidad de que el pueblo latino participara más en la educación teológica, hablábamos acerca de la necesidad de construir una cañería – lo que en inglés llamábamos “a pipeline” – que llevara a los estudiantes de la escuela superior a la universidad, al seminario, y por fin a los estudios doctorales. Por favor, que no se me malinterprete. No quiero decir en modo alguno que debamos abandonar o disminuir alguno de los muchos esfuerzos que se están haciendo para favorecer la presencia y participación de nuestro pueblo en todos los niveles de la educación teológica. En ese sentido, el acuerdo entre la ATS y la AETH bien puede tener consecuencias importantes. Mediante ese acuerdo, la cañería se ha ampliado, y eso es bueno.

El problema está en que ahora me parece que la imagen de la cañería no es la mejor. El propósito de una cañería o de un conducto cualquiera es llevar lo que contiene, unas veces agua y otras petróleo, de un lugar a otro. Luego, cuando se le aplica al tema de la educación teológica, la imagen de la cañería implica que el propósito de esa educación es llevar a los estudiantes de un lugar al próximo, con la menor filtración o pérdida posible. Llevada al extremo, tal imagen podría implicar que la principal medida del éxito de un seminario está en el número de sus estudiantes que continúan en otros estudios, y que la mejor medida de un programa doctoral es la fama y el éxito de sus graduados, cuántos otros doctores ellos producen, y cosas semejantes.

La verdad es que eso bien puede ser una descripción de la educación tal como se le entiende generalmente. Pero una educación teológica cristiana tiene que partir desde la perspectiva de aquel que dijo que entre los gentiles los grandes y los primeros son grandes y primeros, “pero no así entre vosotros”.

Esto me lleva a sugerir que, mejor que una cañería, deberíamos pensar en toda la empresa de la educación teórica como una de esas mangueras perforadas que se entierran en los huertos y que a todo lo largo van goteando casi constantemente. Esa manguera lleva agua igual que la cañería, pero mientras que el éxito de la cañería se mide en términos de cuán lejos el agua llega, el éxito de esta otra manguera se mide sobre la base de cuán bien va regando todo que se encuentra en torno suyo. Ciertamente, dentro de esa manguera alguna agua tiene que ir más

lejos que el resto; pero eso no la hace más importante ni más valiosa. El propósito de esa manguera no se concentra en guardar el agua para que llegue el lugar más lejano, sino alimentar a todo el huerto.

Si me permiten volver a aquellos días en que yo estaba en tercer grado, más o menos cuando produje aquella obra maestra de literatura arrevesada a que ya me he referido, recuerdo que por la misma época en uno de los libros de lectura había una historia que me desconcertó. La historia contaba de dos jóvenes que pasaron frente a una casa donde había un cartel. El primero no sabía leer y sencillamente pasó de largo. El segundo sí sabía leer, vio que estaban ofreciendo una bicicleta gratis, fue y la reclamó, y luego fue a mostrarle al otro lo que se había perdido porque no sabía leer. Digo que aquella historia me parecía desconcertante, porque en la iglesia se me había enseñado repetidamente que la educación tenía el propósito de ayudar a otras personas, y no era sencillamente para tener ventajas sobre ellas.

Muchos años más tarde, un incidente en Puerto Rico me trajo aquella historia a la memoria. En la Universidad de Puerto Rico, donde se graduaban miles de estudiantes, un respetado y amado prelado católico tuvo el discurso de graduación y comenzó diciendo “Estamos aquí reunidos para distribuir miles de patentes de corso”. (Para quien no lo recuerde, una patente de corso era el permiso que algún rey le daba a un pirata para piratear por cuenta del rey.) Naturalmente, muchos de los graduandos se enojaron, y mucho más algunos padres que habían gastado buena plata para que sus hijos recibieran el documento que ahora el orador se atrevía a llamar una

patente de corso. Pero lo que aquel señor decía tenía buena medida de razón. Muchas de aquellas personas que se graduaban habían estudiado porque querían poder leer el cartel y tener la bicicleta gratis – es decir, para encontrar un buen trabajo y poder ganar cada vez más dinero.

Todo eso bien puede ser cierto y normal dentro de los parámetros de la vida común y la educación en general. Pero si una educación teológica se dedica al servicio de quien dijo “pero no así entre vosotros”, las cosas son diferentes. Al reflexionar sobre todo esto, recuerdo las palabras del ilustre educador José de la Luz y Caballero: “Instruir puede cualquiera; educar, sólo quien sea un evangelio vivo”. Quizá esto sea una exageración, y ciertamente nos propone metas inalcanzables. Pero esas palabras constantemente me recuerdan que la educación teológica tiene que ser evangélica, es decir, educación que ella misma sea formada por las buenas nuevas del evangelio – de un evangelio en el cual el mayor es el que sirve.

Si volvemos entonces al tema del acuerdo entre la ATS y la AETH acerca de los institutos bíblicos, es importante que entendamos claramente que, si todo lo que hemos hecho es extender la cañería, le habremos hecho algún bien a aquellas personas entre nuestro pueblo que puedan adelantar en la cañería – y eso es bueno. Pero no le habremos hecho gran bien a la educación teológica en su totalidad. Quizá hasta podamos hacerle mal si el resultado es que el modelo de la cañería se introduce en institutos bíblicos cuyo propósito no ha sido ayudar a gente a introducirse y continuar en la cañería, sino más bien capacitar a sus estudiantes para

que enseñen y dirijan al pueblo de Dios. Son institutos que unas veces porque lo han pensado y otras sencillamente porque la necesidad les ha obligado, conciben su misión, no como una cañería, sino más bien como aquella manguera de regadío de que hablaba hace un momento.

Pero hay otra posibilidad, que me parece mucho más interesante y productiva. Se trata de la posibilidad de que al relacionarse más estrechamente con institutos bíblicos cuyo propósito ha sido siempre irrigar las tierras que le rodean el modelo de la manguera de irrigación se vaya introduciendo cada vez más en esas escuelas teológicas respetadas que se ven ahora a sí mismas como parte o culminación de la cañería.

Esta segunda alternativa no es fácil. El dinero, los recursos bibliográficos, las facilidades de planta, el prestigio social y muchas otras ventajas están en manos de las instituciones más tradicionales – de aquellas que se consideran a sí mismas parte de la gran cañería educativa. La inercia, el seguir haciendo las cosas como hasta ahora se han hecho, está de parte de la cañería.

Es precisamente por eso que la coalición o red de institutos bíblicos que se está proponiendo en esta Asamblea es tan importante. Los institutos y otras organizaciones semejantes que a través de los años han sido fuente de regadío teológico para el pueblo de Dios, y que ahora buscan la manera de mejorar lo que hacen haciendo uso de todas esas otras grandes instituciones teológicas que nos rodean, tienen que asegurarse de que su visión de una educación al servicio del pueblo de Dios y de la misión de Dios, no se pierda, sino que venga más bien a ser una voz

que se haga oír en los centros más tradicionales de educación teológica. Eso no puede hacerlo ningún instituto bíblico por su propia cuenta. Eso no puede hacerlo la AETH por su propia cuenta. Pero eso sí podemos hacerlo si creamos una red o coalición que nos ayude a pensar acerca de nuestra propia misión, de nuestra propia pedagogía, de nuestra propia praxis, y entonces llevarle todo eso a la educación teológica más tradicional como regalo que le hacemos en nombre de Dios, para que el modelo de la manguera de irrigación se abra camino en toda la educación teológica, y el conocimiento y la justicia y el amor de Dios alcancen a todos los rincones.

Esa red o coalición nos ayudará a mejorar y ampliar los recursos con que contamos, a producir cursos en línea de los que todos puedan aprovecharse, a producir materiales impresos y en línea para la enseñanza y la edificación de todo el pueblo de Dios, a discutir los retos y las oportunidades que se nos van presentando, a ayudar a nuestros maestros y maestras a obtener más educación, a ampliar el círculo de nuestros estudiantes. Y nos ayudará también para que nuestra voz se oiga en todos los ámbitos de la educación teológica.

Pero no lo hagamos por nosotros mismos. No lo hagamos para que nuestros institutos tengan más prestigio. Hagámoslo debido al convencimiento de que el Señor que nos trajo hasta esta hora lo ha hecho con un propósito, que hemos sido bendecidos para bendecir a los demás, que hemos recibido gracia sobre gracia para dar más gracia, que hemos aprendido para compartir lo que sabemos, que estamos aquí, no para servirnos a nosotros mismos ni para engrandecer

nuestras instituciones, sido porque hemos escuchado y queremos seguir el mandato de una voz que nos dice “pero no así entre vosotros”.

